

Pregón Semana Santa

1.- Introducción

Permítanme que empiece mi intervención manifestando mi agradecimiento al Presidente y a la Junta Directiva de la Unión de Cofradías Penitenciales de Albacete por su amable invitación a pregonar la Semana Santa.

Dicho esto, y como el tiempo es corto, comienzo con el consabido “se hace saber”, como hacían los pregoneros de antaño.

“*Se hace saber*” que, finalizando ya el tiempo de la Cuaresma, la Iglesia que peregrina en Albacete se dispone a conmemorar los misterios de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Redentor. Dichos misterios, que serán actualizados con hondura conmovedora y sobria en la liturgia de nuestros templos, se escenificarán de manera plástica en las emotivas procesiones que recorrerán las rúas albaceteñas. Quedan todos invitados a sumergirse en esta alta marea de espiritualidad. A quienes no compartan nuestra misma fe, ofrecemos de antemano el mismo respeto que de ellos reclamamos.

Aquí podría dar por terminado mi pregón. Quedan hechos el anuncio y la invitación. Sólo para evitar que algún despistado pudiera pensar que la Semana Santa es poco más que un costumbrismo religioso-popular de primavera, me atrevo a seguir solicitando su atención para recordar los acontecimientos que la fundan, el sacramento que la actualiza y las ricas expresiones con que, desde siglos, el genio religioso y artístico de nuestro pueblo la escenifica. Les aseguro que, más allá de sus ricas dimensiones estéticas, sociológicas, antropológicas o incluso turísticas, más allá de su físico, en nuestra Semana Santa laten dimensiones de valor metafísico.

2.- El acontecimiento

La Semana Santa tiene como pórtico el domingo de Ramos. Imaginemos la escena. La gente alfombra el camino con sus mantos, mientras grita: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!», pero Jesús no cae en la trampa de echar al vuelo las campanas del optimismo. Bien sabe Él lo que puede dar de sí el pobre corazón humano: su capacidad de ceguera, la facilidad con que pasamos de las palmas a los pitos. Sabe lo pasajero que es el entusiasmo, lo fácilmente que cambia de posición una veleta cuando el viento empieza a soplar de otra parte.

Observa a los discípulos sumergidos en el fervor de la gente, con los ojos ingenuamente felices, alentando el agitar de los ramos; olvidados de esa cruz y de esa muerte de las que tantas veces han hablado. Y ve la alarma pintada en la cara de algunos miembros del Sanedrín. Sabe que su manera de hablar y de actuar le han ganado definitivamente la enemistad de las autoridades religiosas; que su muerte está ya decidida; sólo depende de que encuentren la coyuntura propicia para llevarla a cabo. Por eso Él, acostumbrado a mirar la vida desde más alto, ve cómo, por detrás de

ese sol reconfortante, asoman ya los nubarrones oscuros de la tormenta...

¿Qué pensará Jesús cuando, dentro de unos días, nos vea arracimados en las calles al paso de su imagen, cuando nuestros ojos se humedezcan ante nuestro paso favorito? Ahí queda la pregunta para la reflexión personal. *“Ibas, como va el sol,/ a un ocaso de gloria /Ya cantaban tu muerte/ al cantar tu victoria”*

El Jueves Santo

A pesar de que en el ambiente se mascaba la tragedia, Jesús vivió con extrema lucidez sus horas últimas. Las palabras que pronunció y los gestos que realizó aquella tarde tienen valor de testamento, de *“últimas voluntades”*. Parecería que hubiera venido sólo para esta hora: *“Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer”*.

No dejó a sus discípulos un catálogo de dogmas, ni un código moral, ni siquiera el organigrama con el que debería organizarse la comunidad futura. Les consoló, eso sí, con ternura y entereza. Les habló de la amistad con palabras que ardían como brasas: *“. No os llamo siervos sino amigos. Permaneced en mi amor. Os doy un mandato nuevo: -Amaos como yo os he amado”*. Les exhortó a permanecer unidos *“como el Padre y yo que somos uno”*. Les prometió el don del Espíritu Santo. Oró largamente por sus discípulos y por los que creerían en El por la palabra de ellos.

Durante la Cena Jesús va a realizar un gesto supremo, el más denso y elocuente: Antes de que le arrebataran violentamente la vida al día siguiente, la pone espontáneamente sobre la mesa en forma de pan partido, en forma de vino que se ofrece. El amor se adelanta en la entrega. El destino trágico al que le llevarán los poderes de este mundo es asumido libremente como ofrenda de amor, como don total de su persona, hasta la muerte: *“Tomad y comed. Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Tomad y bebed. Esta es mi sangre que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en memoria mía”*.

Decía el bueno de Berceo que *“todo el comer nombramos cuando el pan decimos”*. El pan es la expresión de su vida; el cáliz, de su muerte. La Cena compendia la vida entera de Jesús como ofrenda obediente al Padre, como entrega total a sus hermanos.

Todavía, al final de la Cena, les invitó a descalzarse, tomó una jofaina, se ciñó una toalla y fue lavando y secando con mimo los pies de los discípulos. *“¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Si yo el maestro y señor os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”*. ¡Toalla y jofaina!. ¡No lo olviden!. Son las herramientas imprescindibles del discípulo de Cristo.

Descendamos ahora con el grupo hasta el huerto de Getsemaní. Contemplemos la lucha interna de Jesús: *“Mi alma está triste hasta el punto de morir”* (Mt.26,38). El amor le pide fidelidad hasta la muerte, pero la naturaleza se resiste por dentro y por fuera. Prostrado en tierra rogaba al Padre que pasara de El aquel trago de amargura insoportable: *“Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”*. *“Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían*

hasta el suelo”, constata el evangelista Lucas(Lc.22, 46)

Está solo en la noche, solo con los olivos entre el cielo y la tierra, porque hasta sus discípulos duermen. Sólo los enemigos velan. Es la hora del poder de las tinieblas. En nuestras noches de silencio de Dios y de oscuridad de fe, en nuestros momentos agónicos ya nunca estaremos solos. El los ha visitado.

Entonces llega Judas. La contraseña de la traición es un beso. Maniatado y a empujones comienza entonces la primera, la más real procesión de la Semana Santa. Del huerto a casa de Anás y, de allí, a la de Caifás.

El Viernes Santo

Todavía amaneciendo lo llevan al Pretorio, del Pretorio a Herodes, ante el que Jesús no pronuncia palabra. Y vuelta otra vez al Pretorio. Y los bofetones, y las burlas de los soldados y la corona de espinas y la flagelación

Y la escena del *Ecce Homo*: “*He aquí el hombre*”. He aquí al hombre en toda su debilidad y abatimiento ¡Cómo nos conforta sentirle vulnerable, saber que ha tocado los abismos más profundos del sufrimiento humano, ver en su carne y en su espíritu la figura de los hombres derrotados por la dureza de la vida, por el peso de la injusticia o el abandono, saber que ha sido solidario de la condición humana hasta el fondo!

“*Ecce Homo*”, pero también “*Ecce Deus*”. Porque ahí está Dios retratado de cuerpo entero, como aquel que no utiliza su fuerza y su poder para salvarnos, sino sólo su amor y desde abajo., porque sólo desde abajo, compartiendo, se revela el amor. Pero su muerte nos vivifica, su debilidad nos fortalece, su sometimiento nos libera, su abandono nos acompaña, su hundimiento nos levanta, su fracaso nos da la victoria.

Y, luego, la subida hasta al Gólgota. Y ya clavado en cruz, aquel grito enigmático que el Evangelio ha conservado en el dialecto original arameo : “*Eloí, Eloí, lamá sabactaní*”, *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*.” Nunca podremos mensurar la profundidad de este grito, natural en cierto modo para el hombre, que no ha experimentado nunca la vecindad de la gloria de Dios y sí, en cambio, por su familiaridad con el pecado, el abandono de Dios. Sólo quien es el Hijo de Dios puede sentir de verdad lo que es el abandono de Dios. .

El que reunía multitudes muere solo, el Viviente por excelencia –*Yo soy la vida*– será contado entre los muertos; el Santo de Dios acaba como un sin Dios; el que era la Palabra, muere reducido al silencio; El Omnipotente reducido a la impotencia; el que se presentaba como fuente de agua viva, agoniza murmurando: “*Tengo sed*”. Nos da lo único que tiene, su Madre : “*Hijo, ahí tienes a tu madre*”, Y su perdón: “*Perdónalos, porque no saben lo que hacen*”.

El Sábado Santo:

El Sábado Santo está puesto como para meditar con calma una afirmación del Credo Apostólico que es seguramente la más misteriosa de nuestra profesión de fe: “*Descendió a los infiernos*”.

Es el silencio absoluto, el último abismo de impotencia. El que había descendido a los infiernos del sufrimiento en vida, desciende al infierno de la muerte, esa situación en que ya no habría posibilidad de esperanza si no penetra hasta ahí la fuerza salvadora de Dios. Pero, ¿podemos aún ver más? En cierto modo el descenso a los infiernos indica la bajada paradójica del amor de Dios a la experiencia oscura del mundo de la perdición.

La crítica religiosa del siglo XIX consideró la afirmación de Dios como la suprema alienación del hombre. La muerte de Dios sería la condición necesaria para el engrandecimiento del hombre. Literalmente acertaron en su crítica, pero erraron de plano. El Dios cristiano en vez de ser el molesto inquilino del piso de arriba, que nos impide ascender a la terraza, es el Dios que se abajó hasta las simas más profundas para levantar al hombre, para hacerle partícipe de la condición divina. La muerte de Dios es la vida del hombre. La altura de la gracia brilla en la hondura de la desgracia.

Podemos imaginar el desconcierto, la frustración y el trauma de los discípulos. Pero no me resisto a recordar a la Madre. Todos los sábados del año tienen una significación mariana precisamente en recuerdo de la soledad de María en el Sábado Santo, cuya fe ni siquiera en esas horas de noche se apagó. En medio de su dolor de madre, ahí está Ella sosteniendo, ayer y hoy, la fe de nuestra Iglesia.

Nunca olvidaría D. Gregorio Marañón aquellos versos absolutamente bellos que le trajo la brisa de un atardecer en la voz anónima del pueblo:

*“Te Llamé en la angustia mía
Virgen de la Soledad,
y me diste compañía”.*

“Soledad que da compañía. qué admirable!”, comenta D. Gregorio.

Domingo de resurrección:

¿Qué pasó en la madrugada del Domingo para que aquel grupo proletario de discípulos que le seguía, y que quedaron hundidos tras el trauma del Viernes Santo, perdieran tan pronto el miedo y, llenos de fortaleza, desarrollaran una fuerza tan irradiante que ha llegado hasta nosotros? ¿Lo explicaría todo una ilusión colectiva o intereses personales inconfesados?.

El viernes, las mujeres no habían podido ungir el cadáver, según la costumbre judía, porque se les echó encima el rígido descanso sabático que se iniciaba en la víspera. Cuando, pasado el sábado, madrugan para ir al sepulcro, no van pensando en la resurrección, sino en si encontrarían alguien que les ayudara a descorrer la piedra colocada a la entrada del sepulcro. Cuando ven la piedra corrida y la tumba vacía lo primero que piensan es que alguien habría robado el cuerpo: *“Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto y yo lo tomaré”*, dice María Magdalena al que supone el hortelano. Y, después de mostrárseles Jesús, y de correr a anunciarlo a los discípulos, éstos no les dieron demasiado crédito, pensando tal vez, machistas ellos, en delirios femeninos: *“Algunas mujeres fueron al sepulcro muy de mañana y volvieron hablando de apariciones, pero lo cierto es que fueron algunos de los nuestros y a El no lo vieron”*, comentaban cariacontecidos los dos que se marchaban a Emaús. Pero uno tras otro fueron rindiéndose a la evidencia.. Y uno tras otro acabaron rubricando con

su propia sangre su propio testimonio: que el Crucificado había resucitado.

La resurrección nos revela a un Dios capaz de poner vida donde los hombre siembran muerte. Mientras Jesús moría Dios estaba reconciliando al mundo consigo, dirá Pablo. Aparece Dios como futuro de todo hombre que ama. *“Amar –dirá Juan-es estar pasando ya de la muerte a la vida”..*

Creer en el resucitado es creer que hay un futuro para el hombre. El es la primicia. Ya ha empezado el Tercer Día que los judíos esperaban para los últimos tiempos. Por eso, los cristianos procedentes del judaísmo esperaban que la parusía podría ocurrir ya en cualquier momento y su oración era: *“Ven, Señor Jesús”*.

El poder del mal ha perdido su fuerza última y ningún tirano puede amenazar ya de manera absoluta. La resurrección desvela el sentido de la Historia. Al vidente del Apocalipsis, que llora porque no hay quien abra el Libro que esconde el sentido de la vida y de la Historia, se le dice que no llore: *“Ha vencido el cordero degollado, El puede abrir el libro”*. El es la cifra que descifra; *“el Alfa y la Omega, el primero y el último, el que estuvo muerto y ahora vive por los siglos de los siglos y tiene las llaves de la muerte y del abismo”*.

En la resurrección se juega el sentido del futuro del hombre. También la justicia y la libertad en su sentido más pleno, porque a los muertos injustamente no se les hace justicia con ceremonias póstumas. O hay victoria sobre la muerte o no hay victoria sobre la injusticia. Como deploraba Horkheimer, *el verdugo prevalece definitivamente sobre la víctima al ser homologada la suerte de ambos por la fosa común que indistintamente los acoge*.

“Allí donde el materialismo es más materialista –escribe Adorno- su anhelo sería la resurrección de la carne; de otra forma no se ve cómo se puede seguir viviendo después de Auschwitz”. Por eso –concluye- hay que dejar abierta la puerta *“a la esperanza que se refiere a la resurrección”*. La misma idea ha sido expuesta extensamente por algún otro pensador postmarxista: *¿Cómo podría hablar yo de un proyecto global para la humanidad..., en tanto que millones de hombres en el pasado han sido excluidos de él..., han llevado una vida y una muerte sin sentido alguno?”*

Son preguntas pertinentes. ¿Será verdad que a lo más que podemos aspirara es a *“una liberación temporal sin salvación”* que sería *“el prelude de la experiencia integral del vacío”*, como dice Cioran?.

No hay prueba empírica, ni demostración científica, ni argumento filosófico del que se deduzca con certeza que la vida personal o que la Historia vaya a desembocar en un final de plenitud y gloria. Sólo hay un mensaje que se atreve a llamar verdad a lo que otros consideran “ilusión” o “pensar deseoso”, y lo hace porque lleva la luz de una promesa, que es testimonio seguro de esperanza para la creación entera: La resurrección de N. S. Jesucristo. El mártir por antonomasia, el inocente inicuaamente ajusticiado, es el resucitado por antonomasia. La resurrección de Cristo evidencia que la causa de Dios es la causa del hombre.

Lo que se ventila en la Semana Santa es cosa seria. Les decía al inicio de este Pregón que, la Semana Santa, más allá de lo físico, nos encara con problemas de valor

metafísico.

3.-El sacramento.

El cristiano no vive de un recuerdo sino de una presencia. *“Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de mundo”*. Mientras vivió estuvo limitado, como todo ser histórico, por las coordenadas del tiempo y del espacio. La resurrección y la ascensión cambiaron su modo de presencia. .

¿Cómo podríamos participar de los hechos acontecidos en un rincón oscuro de Palestina hace veinte siglos, cómo encontrarnos con Aquel al que proclamamos Señor y Salvador si no es más que un personaje de la historia?. ¿Cómo arrancar los acontecimientos que nos dieron vida de sus dimensiones espacios-temporales para que nos alcancen con toda su virtualidad salvadora en nuestro hoy?. Porque existió el acontecimiento puede existir el sacramento, porque existió un *“semel”*, un *“de una vez para siempre”*, puede darse un *“quotiescumque”*, un *“cada vez”*.

Es lo que la Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II expresa admirablemente cuando dice: *“Realmente, en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su esposa la Iglesia..Toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”*(S.C.7 y 10). Lo que la palabra proclama es actualizado en la liturgia por la acción del Espíritu Santo..

Bastarían las palabras de Jesús - *“Haced esto en memoria mía hasta que vuelva”* y las de Pablo: *“Cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva”*- para fundar la legitimidad de las acciones sacramentales de la Iglesia, comunidad de relato y celebración, de palabra y de sacramento, de compromiso transformador y de esperanza. El que seamos cuerpo, emoción y sentimiento legitima sobradamente las admirables representaciones de nuestras procesiones.

La representación de la Semana Santa

Desde los iconos bizantinos hasta los pasos de Salzillo, desde el Cristo de Velázquez hasta las crucifixiones contemporáneas ¿qué otra cosa han querido hacer nuestros artistas sino dar cuerpo y figura al rostro del Eterno que encontramos misericordioso y humano en la faz de Jesús?. Una generación que no encuentra los poetas y músicos, los escultores y pintores que necesita para expresarse, dando cauce a la imaginación y al deseo, al amor y a los ojos, pronto perdería primero la esperanza y después la fe. (González de Cardedal).

La liturgia nos habla y actualiza los misterios con medida sobriedad. La Semana Santa popular de las imágenes y procesiones moviliza los sentidos y estremece al alma.

Casi todas las escenas evangélicas de la Pasión desfilan en nuestra Semana Santa albacetense. La entrada del domingo de Ramos en Jerusalén, la oración en el huerto, la traición de Judas , el prendimiento, las negaciones de Pedro, la flagelación , el *“ecce homo”*, el lavatorio de manos de Pilatos, las caídas en el camino del Calvario

Y los Cristos con nombres tan significativos como el Cristo del Consuelo, el de la Agonía, los distintos nazarenos, como Nuestro Padre Jesús de Medinaceli. Son imágenes que nos taladran mansamente hasta tocar el alma.

Y muy cerca María, condensando los dolores de todas las madres: Virgen del Amparo, de la Paz, del Mayor Dolor, de la Amargura, de las Angustias, de los Dolores, de la Piedad, de la Soledad, la Macarena, la Virgen de la Esperanza.

¡ Dios mío, qué nombres !. Si cada uno necesitaría un pregón, si cada uno llenaría de contenido una Semana Santa.

Tras tanto dolor, estalla la esperanza como un almendro en flor en la mañana de Pascua, en el encuentro del Resucitado con su Madre, La Virgen de la Alegría.. Cae el manto negro cuando se posa sobre ella la mirada del Hijo cuyas llagas resplandecen ya como rayos de sol

Y junto a Jesús y María, cómo olvidar esas otras figuras de la Semana Santa: San Juan, Santiago el Mayor, María Magdalena, San Pedro, la Verónica, también presentes en nuestra Semana Santa.

Albacete ama y valora la pasión y muerte de Jesús hasta el punto de convertir su celebración anual en uno de los ejes de su identidad compartida. La celebración popular ha modelado el alma de generaciones revitalizando la fe viva de unos y oxigenando la fe lánguida de otros.

Los diferentes pasos, los mil detalles que los adornan, quizá los pies descalzos del joven cofrade, los acordes pausados de la música ...hablan a los sentidos y a los sentimientos, movilizan afectos dormidos..

El trabajo, las prisas, la evasión a formas fáciles de divertimento pesan más en nosotros que el sosiego, la reflexión o la oración. En la Semana Santa no voceamos. Una declaración de amor, la muerte de un amigo, un atardecer, o la contemplación del mar no suscitan voces, sino silencio. Todo lo profundo encuentra en el silencio clima connatural. Del silencio brota espontánea la oración, los labios empiezan a hablar y los oídos a escuchar. Cuando esto acontece el misterio nos penetra, engendra paz, alegría, sentido ético y estético, capacidad de amar, voluntad de entregarse. En las procesiones sólo interrumpen el silencio los tambores y las trompetas proclamando el drama que está en juego, o, cuando, incontenible el sentimiento de gratitud, de quebranto, de dolor o de pena, rasga el silencio el grito hecho oración de una saeta. Entonces se nos corta la respiración, y el canto nos introduce en una misma comunión de sentimientos

Hasta los caperuces y las túnicas son más que un precioso ornamento de la Semana Santa. Invitan a que el cofrade vaya dentro de sí, a lo suyo, a la contemplación de su misterio que es el nuestro. Y el espectador, lejos de distraerse ante el paso del rostro conocido, es invitado a poner la mirada en lo que contempla.

Velar por la identidad de la Semana Santa

Amo y valoro la Semana Santa de Albacete. *“La religiosidad de vuestro pueblo merece vuestra atención, vuestro respeto y cuidado y vuestra incesante*

vigilancia”, nos dijo Juan Pablo II a los obispos españoles.

No comparto la apreciación, que hace poco leí, de que, en nuestra sociedad secularizada, la Semana Santa había dejado de ser una manifestación religiosa para convertirse, a tono con los tiempos, en un fenómeno puramente cultural y social.

La Semana Santa nació de la fe y para la fe. La fe es su columna vertebral. Todas las otras dimensiones son aspectos reales y valiosos siempre que sean compatibles con el sentido genuino de la Semana Santa.. Ésta será tanto más bella cuando más auténtica, y tanto más auténtica cuanto más religiosa. . .

Me consta que no pocos cofrades ostentáis este título como una tradición familiar mamada desde niños. Vuestra dedicación y buen hacer ha merecido que nuestra Semana Santa sea declarada de Interés Turístico Regional y que aspire al reconocimiento Nacional, contribuyendo así al esplendor de nuestra ciudad.

La Semana santa nació como una prolongación en la calle de la liturgia celebrada en los templos. No fueron ideadas las procesiones para suplantar a la liturgia, sino para complementarla. Una Semana santa en que la liturgia no tuviera su puesto central supondría cambiar el memorial por el recuerdo, la gracia por la representación.

Dentro de la Semana Santa litúrgica hay un momento culminante: La Vigilia de la Noche Pascual. Es la noche gozosa de la Iglesia, la noche clara como el día. La Vigilia Pascual debería congregar a todos los cristianos para beber las aguas de la salvación en el manantial mismo del que nace toda la vida cristiana. Ninguna tradición particular es tan sagrada, tan densa y tan fecunda como esta celebración de la Iglesia.

Al código genético de las Cofradías pertenece también la fraternidad interna entre sus miembros y la solidaridad con los necesitados. Cristo nos ha hecho miembros de su Cuerpo. El ha resucitado, pero su cuerpo todavía camina por el mundo En un escrito anónimo del siglo II se lee: *“Deberíamos estar en vela, hermanos, porque El está en prisión por nosotros también ahora; está en la tumba, entre cadenas, en las cárceles, entre ofensas y bajo proceso, porque con quienes sufren sufre también El”* (Hechos de Juan). Se ha dicho que *“el proceso de Jesús continúa”* o que *“Cristo sigue en agonía hasta el fin de los siglos”*. *“Yo me he separado de él; yo le he negado; yo le he crucificado”*, dice Pascal en su Memorial. Y lo expresó bellamente el poeta extremeño Gabriel y Galán en “la pedrada”:

*Hoy, que con los hombres voy,
viendo a Jesús padecer;
interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
aquellos hombres de ayer?.*

Hemos cumplido, un año más, aquello del Mío Cid: *“ por todas estas tierras los pregones dan”*; ¡Gracias por asistir, una vez más al Pregón de la próxima Semanaza Santa, que yo deseo que sea feliz y fructuosa para todos.¡ ¡Muchas gracias!.